

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8689

DIARIO DE LA NOCHE

TELEFONO NUM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde el 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. G. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Lunes 13 Octubre 1893.

## LA SEMANA ANTERIOR

Habíamos quedado, al reseñar la primera revista de otoño, en que la encantadora estación de las vides y de las dalias, de las alboradas de cristal y de los ocasos de colores, se quedó triste y desconsolada al recibir el eterno adiós de la lluvia, que se alejó ofendida, al oír el murmullo general de desaprobación que su primera aparición en los cielos levantó en Cartagena.

¡Renegar de ella, de la lluvia, de la dulce amiga de los agricultores, de la gentil reina de fuentes y arroyuelos, de la que entolda con nubes de nácar el horizonte azul y tapiza de esmeraldas los valles y praderas!

¿Habíase visto nunca ingratitud semejante?

Si aquellos murmullos hubiesen brotado de las aldeas, de los montes eúscaros ó de las granjas de Galicia, donde la lluvia es diaria, ¡papel el reproche no hubiese tenido nada de particular. Pero ¡quejarse Cartagena, la ciudad de la eterna sequía, la de la vega sin río, praderas sin fuentes y valles sin arroyuelos! Aquello no tenía ejemplo en la historia.

Así es que la acuática deidad, se marchó con velocidad ciclónica, pegando bufidos y regando las tierras por cima de las que pasaba, con sus abundantes lágrimas de desprecio.

Ya estaba lejos, muy lejos, cuando el recuerdo de la ofensa la hizo tornar su cabeza coronada de nubes cenicientas, y lanzar sobre la ciudad de Asdrúbal la más rencorosa de las miradas.

Cartagena se mecía entre piélagos de luz; sus mares parecían formados por millares de masas ondulantes de brillante y azulado éter, sus arenas tenían la desumbrante refracción, de las del Sahara, y desde el cielo el sol envolvía á su ciudad favorita en una inmensa cascada de rayos de oro, que acrecían en fulgor al desplomarse sobre las cimas de los montes, las cúpulas de los templos y las moradas planicies de terrazas y azoteas.

La lluvia lanzó un rugido de despecho, que resonó en los aires como pavoroso trueno, y sus dos pupilas brillaron con la fulgurante luz de dos relámpagos.

—Han de poder ellos más que yo?—se preguntó á sí misma con acento reconcentrado.

Y un sentimiento de venganza hinchó su seno preñado de tempestades. Huir de Cartagena, no humedecer aquellos campos, ni sembrar de celajes aquellos cielos, era ayudar al bienestar de la ciudad engreída con su sol de fuego, su luna de plata y su firmamento de safir, que con insólido desdén la despreciaba.

La lluvia debía volver; ¡vaya si debía volver! y desgajarse en cataratas y dejar que los relámpagos diesen por el cielo sus caprioles, y que los truenos les hiciesen palmas para que aquellos repitiesen sus fantásticas danzas.

Y dicho y hecho, como lo pensó lo hizo, y ¡tal de un brinco se puso sobre el Carrascoy, y le colocó una monterita á Roldán y una caperuzita de nubes blancas á Santi Spí-

ritu. En medio de todo, era enemiga leal, y con estas señales quiso advertir á los propietarios de casas que limpiasen las azoteas y preparasen los aljibes, y al Alcalde que dejase abiertas por las noches las bocas de las alcantarillas de la calle Mayor y que diese órdenes de no apagar por la noche las farolas del

Porque, eso sí, cuando aparecen las tres señales indicadas, Cartagena se queda mojada como una sopa.

Por algo se dijo aquello de:  
*Nubes en Carrascoy,  
mañana lloverá, si no llueve hoy.*  
Y aquello otro de:

*Cuando Roldán tiene monterita,  
ha de llover aunque Dios no quiera.*

Y finalmente el irregular distico que dice:

*Santi Spíritu encaperuzado  
campo regado.*

En fin, que la lluvia poniendo estas tres señales, emplazó sus tres baterías, como quien dice, y se dispuso á batirnos en toda regla: por el frente y por los flancos.

Pero la lluvia no había contado con la huésped, mejor dicho, con el huésped, que era el sol, quien no estaba dispuesto á sufrir que lo mojase una forastera, tan forastera como la lluvia.

Y mucho menos, desde que mineros y viñadores, paseantes nocturnos y concurrentes al Casino, al observar las tres señales indicadas, se volvieron al astro rey y exclamaron como la pastorella del cuento:

—Sal, sol, y alúmbranos.

Y desde que los que estudian astronomía en el calendario de cualquiera de los tres verdaderos zaragozanos, le pedían con no menos ahínco y fé:

—No te vayas, no te debes ir; el zaragozano lo dice, estás en Libra.

—Y el sol encendiéndose en orgullo, al verse tan lleno de homenajes, exclamó con generoso arranque:

—¡Que estoy en Libra? Eso será para otros, pero para Cartagena estoy en arcobas, en quintales, en toneladas. Ya vereis si pico, que rabio en vuestras frentes y en vuestras espaldas. A la primer nube que se me ponga delante la hago trizas. Y si no, mirad.

Y lanzando un rayo contra una nubecilla blanca, primer emisaria de la lluvia, que venía por Levante, la deshizo, la pulverizó y la dejó exparecida por el cielo, semejando aquellos blancos fragmentos las vedijas de lana de un corderillo caídas sobre azulado tapiz.

—Misericordia!—exclamamos todos, al ver aquella triste señal.—¿Qué has hecho? Estás dando auxilio al enemigo. Ya sabes... cielo emborregado, suelo mojado.

—Oye, tú,—gritó la lluvia al sol desde Carrascoy, sacando la caja de los truenos y echando relámpagos por los ojos,—¿por qué deshaces mis nubes?

—Por qué vienes á mojar mis rayos?—contestó el sol.

—A cada ermita le llega su fiesta,—vociferó la lluvia;—estamos en otoño, en las semanas equinociales y me llegó la vez. Bastante has echado los sesos cartagineses durante el estío.

—Este país es mío ¡entiéndese!—gritó el sol—y si te acercas, te abraso.

—A mí tú?—exclamó despreciativamente la lluvia,—no hay fuego que resista al agua. Lo que ha de ser será. Y sino, mira:—continuó señalando al firmamento, donde estaba la nubecilla blanca, roja y maltrucha.—El cielo está emborregado, ¿quién lo desemborregará? El desemborregador que lo desemborregará...

—Seré yo,—gritó el sol, echando chispas (de fuego.)

—Tú?—exclamó arrogantemente, la lluvia, arrojando chispas (de agua) y saltando desde el Carrascoy sobre la ciudad, como tigre sobre su presa.—Pues ahora verás... A mí,

chubascos! A mí, rayos! A mí, tormentas, truenos y centellas!

—Pues ahora verás tú también,—rugió el sol.—A mí, calores tropicales! A mí, fuegos del estío! A mí, atmósferas del Sempal! Tú me mojarás, pero yo te evaporaré.

Y comenzó entre ambos una lucha titánica, sin que la lluvia se decidiese por ninguno de los dos adversarios; tan pronto era el cielo gris y ceniciento, tan pronto radiante y azul; mojaba la lluvia la tierra y secábala al punto el sol con sus rayos. La batalla duró algunos días.

Al fin, la lluvia extendió el arco iris en señal de parlamento, y ambos adversarios se pusieron al habla.

—Pero oye,—exclamó la lluvia que como mujer comenzó á coquetear con el sol, mandándole gotitas frescas al disco, como el rocío de un perfumador,—¿es que yo no he de entrar ahí?

Y señalaba á Cartagena, á la que el sol enjugaba de las aguas del último chubasco.

—No, en mis días—respondió el sol con arrogancia;—en Cartagena eres tú así como una especie de contrabando, y hay un fielato en cada puerta donde yo estoy de guardia.

—Bueno!—dijo la lluvia, levantándose irritada, rompiendo así la tregua y alejándose del sol,—pues si eso es así, entraré de matute.

Y en efecto, aquella noche, cuando el sol fue á bañarse al mar y la ciudad estaba dormida, pegó tan vertiginoso brinco que desde Carrascoy llegó á Cartagena y en Cartagena...

Pero ¿quien describe tal turbonada? Caía el agua á torrentes, sucedíanse los relámpagos brilladores como erupción volcánica, volaban rayos y centellas y competía el estallido del trueno con los bramidos del huracán, el estruendo de una salva de artillería y el rumor del terremoto.

La lluvia tuvo razón: entró de matute, tan de matute que un pobre guardia de consumos se desvaneció de un síncope, al ver la siniestra catadura de tan fiero contrabandista.

Al día siguiente, se levantó el sol, le hizo un agujero á las nubes y comenzó á iluminar la tierra.

Pero ¡ay! que las charcas y lagunas eran ya muy crecidas, y el pobre sol solo alumbro su derrota.

No obstante, como es de sobra animoso, ya iba á tomar represalias, cuando se interpuso entre él y la lluvia la gentil figura del otoño.

—Haya paz!—exclamó extendiendo su centro de vides entre ambos.—Yo lo mando y como rey que soy ahora del mundo debéis obedecerme.

—La paz!—refunfuñó el Sol—si la acepto, será con condiciones.

—Y yo lo mismo—exclamó la Lluvia.

—Yo las acepto todas,—dijo el Otoño;—pero á la vez también os impondré las mías, vamos á ver, ¿cuales son vuestras condiciones?

—Quiero seguir brillando en Cartagena como siempre,—exclamó el Sol—sin que haya día que no luzca en su cielo.

—Aceptado!—exclamó el Otoño.

—Y yo,—dijo la Lluvia,—quiero también seguir lloviendo, relampagueando, tronando... ¡lo he ganado por derecho de conquista!

—Así será,—afirmó el Otoño;—pero ni tú, ni yo,—continuó dirigiéndose al Sol—seguirás como aquí hasta poniendo la Cantecilla en Octubre, sino que moderarás tus fuegos, ni tú te permitirás,—concluyó dirigiéndose á la lluvia,—las zaragatas de la noche última: Hueve, trueno y relampaguea cuanto quieras, pero

ten en cuenta, que á Dios gracias, aun no ha llegado el día del juicio final. Es preciso que no te hinchas tanto las narices.

—Así será!—murmuró la lluvia.

Y los tres se separaron amistosamente y la paz quedó firmada.

Desde entonces, la semana ha seguido como el Otoño mandó: algún rato de sol, alguno que otro relámpago, tal cual trueno y abundantes rociadas de lluvia.

De lo demás, nada.

Es decir nada que ustedes no sepan, por haberles ya dado El Eco noticias de todo.

II.

## Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

PACHECO

## Charada

Hace días que visito á Julia que se halla enferma y al preguntarme su madre —mi hija cómo se encuentra,— me vi obligado á decirle **primera segunda terciá,** que hace el **todo** compuesto solamente con tres letras.

Tomás.

La solución en el número próximo.

## Carta geroglífico-ortográfica.

Me recomiendas, Antón, para mi mujer á Rosa... La muchacha es, por lo hermosa, de todas!

Mas, como en tales asuntos no es bueno el de ligero, acepto; pero primero tengo que aclarar:

Es el uno (y mucho siento esta rareza supina) el saber si es mallorquina, porque me carga el

Es el otro que no haya en ella aún de mandar, para que no dé lugar á que yo la tenga á —

Mientras estos decisivos asuntos en claro pongas, pondré en nuestras relaciones unos .....

¿Es de costumbres sencillas? Porque no me da mi empleo para andar de veraneo por Santander, ni ...

Un (;) ¿es rica? me alegraría bastante, que, aunque no sea importante, eso á nadie perjudica.

Será fiel, por de contado; pues fuera pesada broma que venga otro; del fruto de mi cercado.

Dirás que mucho pregunto; pero ¡qué le hemos de hacer! á mí me gusta poner las cuestiones en su

Si ella es majadera y toma por ofensa lo que digo, que no se use conmigo y con su pan se lo

Y si te parece mal en mí tanta precaución, demos fin á la cuestión y hagamos.

José Estremera.